

## EL PATRÓN DE VALDECAMAMA

VALDECAMAMA es un pueblo de pesca. De pesca lo llamo, porque de sus moradores el que no es un atún, es un cóngrio, y el que no es un trucha, es un pez de muchas agallas.

Todos los pueblos tienen el santo patrón que por clasificación les corresponde, y este de que tratamos no había de ser menos.

Pero el que antes tenía, que era un San Roque de talla, (detalle lo de talla, aunque no es preciso) dejaba mucho que desear y era ya mirado por los fieles con cierta desconfianza. Por algunos con horror.

Dos cosas había perdido el pobre santo: la fe de los indígenas y el rabo del perro. El rabo á consecuencia de una pedrada cariñosa. La fe á causa de varias equivocaciones en la concesión de gracias especiales.

Una vez le sacaron en rogativa para que lloviera, y no cayó una gota en dos meses; pero el secretario curó de la gastralgia que padecía.

Otra vez, en cambio, le pidieron que la señora del alcalde diese á luz con felicidad, y estuvo lloviendo tres semanas seguidas. Cierta día le pidió el fiscal municipal que su madre sanase de la cojera. ¿Y saben ustedes lo que el santo concedió? Una buena cosecha de pepinos.

No podía, pues, continuar semejante situación. Era forzoso elegir un patrón nuevecito que tuviese las simpatías de todo el pueblo.



DIBUJO Á LA PLUMA; por RAMÓN BORRELL.

Procedióse á la elección, y ésta produjo no pocos conflictos; porque cada vecino de Valdecamama votaba por un patrón diferente.

Algunos preferían que fuese una patrona, otros, que habían vivido en la capital siendo estudiantes, San Procop'o, San Cucufate y San Burgundóforo. El maestro propuso á San Tito; pero éste le pareció muy pequeño á la mayoría.

Uno de los vecinos que más se esforzaron porque triunfara Santiago, fué don Protasio Globulínez, boticario del pueblo y esposo de una hermosa individua, coqueta como ella sola y más larga que un camino real.

Nadie daba con la razón de tal empeño, hasta que una gitana que estuvo en Valdecamama de paso para unas ferias, descubrió que sugestionado el farmacéutico por su señora, que tenía un primo de coraceros, á quien apreciaba demasiado, creyó que debía votar por el mejor de los santos de caballería. Y ninguno más indicado que el Apóstol Santiago.

Empeñada la boticaria en salirse con la suya, no se sabe cómo influyó cerca de los más principales personajes del pueblo; el caso es que no sólo quedó instituido Santiago, patrón de Valdecamama, sino que la propia señora de Globulínez fué comisionada para la adquisición de la imagen correspondiente por las autoridades eclesiástica y civil.

A los pocos meses, quedaba ésta colocada en el retablo del templo parroquial, admirada por muchos y venerada por casi todos los del pueblo. Pero ¡qué imagen, cielo santo!

El Apóstol parece que va montado en un gato, pues es un jinete así como tres veces más grande que su brioso corcel.

Este es tuerto y no tiene más que dos patas. Le han pintado la tripa de color verde esmeralda y el lomo canelo con pintas rojas.

El pobre santo, á falta de casco, lleva encajada en el cráneo una sopera; á la espalda un saco de noche, en la mano un sable de pino forrado de talco; una pipa en la boca, un refajo amarillo y una banda de Carlos III, clavada al cuerpo con tachuelas.

En su viaje hasta el pueblo perdió una espuela, y el sacristán la suplió con un sacacorchos.

Las cabezas de los moros, rodando por el suelo bajo el caballo, están representadas por otras tantas calabazas con turbante y barbas de crin, y lo que rodea al santo, queriendo ser nubes, son más bien escombros de un derribo.

¡Qué suerte tienen los villacameros! Desde que está rigiendo sus destinos el Santiago de la boticaria, todos los enfermos sanan. Cada caso de enfermedad da ocasión á un aparente milagro.

Todos los calenturientos, en pocos días, se ven limpios de fiebre. Todos los reumáticos ven mitigados sus dolores. Todos los escrofulosos hallan la purificación de su sangre. Todos los acatarrados mandan la tos al cuerno.

Y aunque, según opinión de algunos indígenas, Dios procura complacer al Santiago de Valdecamama por quitársele de encima y no verle, tan raro como es; los más listos aseguran que todo ello es obra de la mujer del boticario, y se fundan en este diálogo que en la intimidad conyugal de la rebotica sostuvo un día el matrimonio:

—Mira, Protasio, es preciso que ahora se muera menos gente en el pueblo.

—Pero hija... ¿Cómo nos vamos á arreglar?

—Pues muy sencillo. Ya sabes que don Fabián, el médico, es tan bestia que receta todo lo contrario de lo que debe recetar. Pues, bueno; despacha tú en la botica todo lo contrario de lo que las recetas indiquen, y neutralizado su efecto, los enfermos sanarán indefectiblemente.

—¿Sabes que tienes razón? De esa manera todos acertamos.

—Y yo me salgo con la mía. Mi Santiago consolida su reputación y el pueblo de Valdecamama al adorarle á él, me adora á mí, que soy tan protectora del arma de caballería como el mismísimo Apóstol.

Veán ustedes por qué combinación de circunstancias, aunque nadie procura de buena fe la felicidad de los Valdecamameros, éstos viven hoy día completamente dichosos.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

## CINTA AZUL

DEL LIBRO INÉDITO «MANCHAS DE TINTA».

CON campanadas lentas como palabras de profeta anciano, en el reloj de la vecina iglesia acababan de sonar las dos de la madrugada. Ricardo, á pesar de haberse retirado á su cuarto á las nueve de la noche, aún no había podido dormir y al sonido grave de la campana del templo, se levantó del lecho, se llevó las manos, frías y temblorosas por el insomnio, á la cabeza y se sentó en su antiguo sillón de terciopelo verde. Entonces dió rienda suelta á los recuerdos que en tropel á su cerebro venían en ese instante, y al pensar en que la luz de la próxima aurora le encontraría casado, tembló como un niño enfermo y nervioso á quien se le asusta con gnomos y duendes.

Pronto, muy pronto: á las cuatro, antes de que la población se despertara y los curiosos pudieran asomar por las ventanas sus cabezas cubiertas aún con el gorro de dormir, la celebración de su matrimonio se iba á realizar; y el recuerdo de esto despertaba en él otro amargo y muy terrible que le alfileraba el cerebro. Le obligaba á estremecerse como un neurótico y le mareaba. Esa evocación del pasado, amarga y tenaz, le había impedido conciliar durante esa larga noche el sueño que tanto había él deseado y que aún persistía en alejarse de sus ojos, dejando que el Recuerdo Negro se agarrara á su imaginación para obligarle á evocar

épocas pasadas, llenas de dicha y regocijo, que ya no volverían jamás...

¡Casarse! Sí; lo iba á hacer; pero, ¿por qué? ¡Ah! Este era el recuerdo que le martirizaba, obligándole á desear hasta no haber existido, y aunque la reflexión hacía comprender que él solo, por propia voluntad, se había comprometido, como hombre de honor y caballero, á hacer de Amelia—la rubia encantadora de ojos azules como el cielo—su esposa, él persistía en el deseo de encontrar una excusa satisfactoria para disculparse á sí mismo.

—¿Cómo y en qué lugar había Ricardo conocido á Friné?

El no lo recordaba; pero la amó con pasión loca y desesperante y ella correspondió á ese amor. Ambos jóvenes, con el alma repleta de ilusiones, de ansias justas y adorables, propensos al Amor, se abandonaron—sin estudiar mutuamente sus propios caracteres—á fomentar y dejar crecer una pasión ardiente y poderosa.

Friné era muy bella; tenía el cabello largo y castaño, la frente tersa, los ojos pardos y expresivos, las mejillas rosadas é incitantes; los labios gruesos, repletos de sangre ardiente, convidaban al beso; su cuerpo todo



era perfecto; pero sobre ese conjunto admirable resaltaba una cosa que poseía Friné, un algo que extasiaba por completo á Ricardo y que sobre él ejercía una sugestión completa y un imperio absoluto: la voz.

La voz de Friné era la más sugestiva y más dulcemente halagadora que se puede escuchar: era dulce y armoniosa como el trino de los bajoros cuando, llenos de regocijo y esponjando sus sedosos plumajes, cantan en las montañas despidiendo al Sol que hunde su frente de oro tras la lejana sierra azul, velada apenas por las brumas cenicientas de la tarde.

Escuchando esa voz, Ricardo se quedaba extasiado; el sonido de ella le adormecía, le obligaba á delirar, y muchas veces, ebrio de admiración y de cariño, llegó á desesperarse al pensar que no podría nunca poseer materialmente ese tesoro inapreciable, esa voz divina y arrulladora que tanto él adoraba.

\*\*\*

Una noche paseaba Ricardo con Friné por el jardín. Iban del brazo y ella se complacía en admirar el Cielo tachonado de estrellas que parecían lirios de oro, y la luna, pálida, que con sus rayos de plata, acariciábale amorosa y castamente su frente angelical. El se entretenía en contemplar á Friné vestida con una bata de *surah* blanco que dejaba adivinar las redondeces y curvas de su cuerpo aspasiano; en el pecho lucía ella un lazo de cinta azul.

En él Ricardo fijó amorosamente sus ojos, y ella, al notar que la miraba, le dijo:

—¿Te gusta mi lazo azul?

—Sí,—respondióle,—no es verdad que me lo darás como un recuerdo grato de esta noche feliz?

—¡He prometido que guardaré esta cinta y no te la daré jamás!

—¿Lo prometiste? ¿Tú? ¿A quién?

—A una amiga; ella supuso, admirándole su color azul, que tú la desearías, y me lo dijo; yo, entonces, por un vano capricho mujerial, le prometí que te la negaría y estoy dispuesta á cumplir mi palabra.

Ricardo suplicó repetidas veces á Friné que le cediera el lazo; pero ella persistió con ahinco en no complacerle, y entonces él, herido por tan

tenaz é infundada negativa, en el retiro apacible de su cuarto de soltero, se prometió firmemente que, para infundirle celos y hacerla sufrir, haría creer, á ella y á la sociedad, que estaba enamorado de Amelia.

Hizo así, y sin saber cómo se encontró preso moralmente por la que había escogido como instrumento de su venganza y, adorando á Friné con toda su alma, por no humillarse ante ella, á pesar de lo mucho que la amaba, celebró compromiso de esponsales con la otra.

Y la hora en que debía cumplir Ricardo su palabra se acercaba; en el sofá, allí, junto al lugar en que él sufría un arrepentimiento amargo y cruel, estaban su casaca y su *clak*, ya dispuestos para la ceremonia.

Se levantó para ponérselos y cuando hubo terminado exclamó: —Hoy hace un año que Friné no quiso darme su cinta azul... ¡Qué horrible coincidencia!

\*\*\*

La Iglesia no estaba del todo iluminada. Sólo las luces del altar en que se celebró el casamiento rompían débilmente la obscuridad del templo.

Ricardo supo dominar la emoción que le embargaba y, sin temblar, con paso firme, después de terminada la ceremonia, le dió el brazo á Amelia que era ya su esposa, y se encaminó hacia la puerta por donde pocos momentos antes había entrado en compañía de los invitados.

Al salir, recostada contra uno de los pilares de la iglesia, una mujer pálida, con los ojos brillantes, toda vestida de negro, cubierta con una manta del mismo color, le puso entre las manos á Ricardo, sin que nadie se apercibiera de ello, una cinta azul.

Era Friné.

\*\*\*

Ocho días después, una mañana, apareció Amelia muerta en su cámara. Alguien la había asesinado, extrangulándola, y para ello le había amarrado fuertemente al cuello una cinta azul, que aún conservaba el cadáver cuando la autoridad fué á cumplir con su deber...

ALEJANDRO DUTARY.

Panamá, 1900.





## MANCHAS DE COLOR

EL SAPO Y LA ROSA

Al pie del viejo rosal  
y bajo la lluvia de oro  
que unge el sol estival,  
se deslizaba sonoro  
un arroyo de cristal.  
Y hacia él se inclinó, afanosa  
y henchida de noble orgullo,  
al mirarse tan hermosa,  
una nacarada rosa,  
no bien abrió su capullo.  
Presa de súbito ardor,  
al contemplar tanto hechizo,  
creado para el amor,  
un sapo enamorado  
hizo la corte á la flor.  
Mas ¡ay! fué vano su anhelo,  
y no hallando fácil modo  
de trocar en llama el hielo,  
empaño con negro lodo  
el cristal del arroyuelo.  
—«Ya que me desdeña, aleve,  
clamó el sapo, lleno de ira,  
y mi afán no la conmueve,

borro su imagen de nieve  
del cristal donde se mira.  
»Su hechizo en la linfa impura  
no verá, llena de enojos,  
ni tendrá, en mi red segura,  
más espejo su hermosura  
que el espejo de mis ojos.»  
Pensó que era obra sencilla;  
pero, al fin, su alma pequeña  
comprendió, y no es maravilla,  
que en vano el malo se empeña  
en enlodar lo que brilla.  
Cuando cesó, fatigado,  
de arrojar inmundicio ceno  
al arroyo plateado,  
y creyó, de gozo lleno,  
su inicio plan consumado;  
Corrió el agua cenagosa,  
vino una onda luminosa,  
y, al pasar bajo el rosal,  
volvió á florecer la rosa  
en sus linfas de cristal.

CASIMIRO PRIETO

## POEMAS MICROSCÓPICOS

LA MARIPOSA

I  
Lánguida se adormecía  
de la flor en la corola,  
y de la ardiente amapola  
el dulce néctar bebía.  
Sus alas que en leves giros  
el ancho espacio surcaban,  
una canción ensayaban  
de besos y de suspiros.  
Bogaba en un mar de flores,  
sorpreniendo sus querellas;  
tomando de las más bellas  
para ufanarse, colores.  
Mientras del monte en la faldá  
y en la espesura sombría,  
la primavera cubría  
los árboles de esmeralda;  
Y lanzaba en la retama  
el alado ruiñeñor,  
su eterno canto de amor  
saltando de rama en rama;  
Y del diáfano arroyuelo  
que corría desigual,  
reflejado en el cristal,  
bajaba á la tierra el cielo.

II  
Mas ¡ay! que en tanto besaba  
de un clave! el arrebol,  
sus alas de tornasol  
una mano aprisionaba.  
En extraña sensación  
se agitó todo su sér.  
¡Una mano de mujer  
la servía de prisión!

Quiso fascinada, loca,  
remontar el vuelo, en vano,  
que tenía aquella mano  
la dureza de la roca.

Y eran los dedos graciosos  
que al insecto retenían,  
cual tenazas que oprimían  
sus contornos vaporosos.

Una morena hechicera  
le robó la libertad.

¡Y con cuánta crueldad  
le trató su carceleral!

A un capricho de mujer  
el insecto sucumbió.  
En su cuerpo penetró  
rasgándole, un alfiler.

Un instante se agitaron  
las alas del insectillo,  
y su brillante polvillo  
los céfiros arrastraron.

Después... cesó su aleteo,  
rígido y quieto quedó,  
y en su pecho lo clavó  
la hermosa como un trofeo.

Y allá, entre las frescas hojas  
que albergue diéronla un día,  
al cesar con su agonía  
sus postrimeras congojas,

Al yacer rígida y yerta,  
el alado ruiñeñor  
cesó en su canto de amor  
para llorar á la muertal!

J. SAMANIEGO  
L. DE LEGAMA

## LA JUNTA DE CÁDIZ EN 1810

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

En 24 de Mayo de 1808, con esa jactancia propia de los generales napoleónicos, Dupont, que había venido á España resuelto á conquistar el bastión de mariscal, salió con su ejército de Toledo, para Andalucía, prometiendo al gran duque de Berg, que gobernaba nuestra patria á nombre del Emperador, que el día 21 de Junio entraría en Cádiz. ¡Sabido es que no pasó de Bailén, y que sus actos vandálicos contra Córdoba, Jaén y Montoro, tuvieron justo remate en aquella memorable batalla, en que hubo de entregar su espada al invicto general Castaños; batalla que arrancó lágrimas al invencible Napoleón.

En los comienzos del año 1810, después de la caída de Madrid, Zaragoza, y Gerona, José Bonaparte, Rey de las Españas, por la voluntad de su hermano, dispuso la invasión de las Andalucías, con ánimo, no tan sólo de derrocar á la Junta Central, el único y legítimo gobierno de nuestro país, si que de apoderarse de aquellas fértiles y ricas provincias.

La Junta Central abandonó su residencia de Sevilla, por ser ésta una población abierta, que no podía prestarle seguro refugio, el 13 de Enero, diri-

giéndose á la isla de León ó de San Fernando, donde procedió á su disolución, encomendando el gobierno de España á una regencia, con el expreso mandato de reunir en breve las Cortes, proteger la libertad y defender el territorio.

El numeroso ejército de José, llevando por capitanes á los generales Víctor, Sebastiani, Mortier, Desolles y Gazau, contra el cual sólo podíamos oponer un puñado de soldados, atravesó la temible Sierra Morena, no sin librar algunos sangrientos choques con las escasas fuerzas de los generales españoles, Areizaga, Zeraín, Copons y Vigodet, que nos costaron la pérdida de 6,000 hombres y todos los pertrechos salvados de la derrota de Ocaña,—posicionándose en pocos días de la mejor parte de Andalucía.

Dueños de Sevilla los imperiales, el mariscal Víctor se dirigió, el 5 de Febrero, contra la plaza de Cádiz, que ya cubría con su división el duque de Alburquerque, 18,000 infantes y 600 caballos, por lo que se limitó á bloquearla, esperando para su conquista los importantes refuerzos que pidió á José.

Cádiz estaba defendido contra las olas del mar y el poder de los hombres



por un fuerte muro; su bahía, por los castillos de Santa Catalina y San Sebastián. Como por tierra tan sólo se comunica con la Isla de León, San Roque y Algeciras, necesitaban los bonapartistas apoderarse de varias obras exteriores que la protegían, entre ellas la Cortadura, guarnecida por una batería corrida. La isla tenía su principal defensa en sus famosos Caños de agua del mar, y en las Salinas que la circundan é, inundadas, la resguardan por un foso de más de una legua de ancho; contando, además, con el puente de Suazo y sus tres líneas artilladas; varios reductos, cortinas y cortaduras; y la Caleta, protegida por algunos castillos y baterías. Para impedir la entrada en el río de Sancti-Petri, había sobre un islote, donde se cree estuvo en remotos tiempos el templo de Hércules, un castillo que cerraba, con la batería de Urrutia, situada enfrente, el acceso y avance por mar y por tierra.

Pero todas estas obras se habían ejecutado precipitadamente, y para guardarlas precisaban fuerzas con que la plaza de Cádiz no contaba, pues se reducían á la división de Alburquerque; 4,000 ingleses, que mandados por Graham, envió Wellington; 8,000 milicianos de Cádiz y la Isla; las dos escuadras, inglesa y española, dirigidas por Mr. Purvis, y el almirante Alava; y una división sutil encomendada á la pericia y valor de don Cayetano Valdés.

El 6 de Febrero, el mariscal Víctor, al frente de 40,000 soldados intimó á Cádiz la rendición de la plaza. Convocóse á la Junta de la ciudad, que tan relevantes servicios prestaba, y cuando su presidente, don Francisco Javier de Venegas, exponía la necesidad de contestar á la arrogancia de los invasores con extensos razonamientos, uno de sus individuos, el señor García de Salazar, que iba á liar un cigarrillo de papel, le dijo:—Para responder, basta con cuatro palabras dignas y enérgicas, que en este mismo papel me atrevo á escribir. Y en efecto, sobre él escribió la célebre respuesta que toda la Junta hizo suya: «Junta de Gobierno de Cádiz.—La ciudad de Cádiz, fiel á los principios que ha jurado, no reconoce otro Rey que el señor Don Fernando VII.—Cádiz, 6 de Febrero de 1810.»

Tal es el asunto del cuadro pintado por el distinguido artista don Ramón Rodríguez, premiado con medalla de oro en la Exposición de París de 1867, adquirido por el Ayuntamiento de Cádiz, que le conserva como inestimable joya, y que hoy honra las páginas de ALBUM SALÓN.

Victor, no atreviéndose á avanzar, determinó ocupar los puestos más importantes. El mariscal Soult, que le reemplazó, estrechó más y más el cerco, y bombardeó la ciudad con saña cruel. Nada, sin embargo, pudo lograr de aquella hermosa ciudad que representaba la verdadera España. En ella se encontraban reunidas las Cortes, escribiendo la liberal Constitución de 1810; en ella se publicaban diversos periódicos; en su teatro se representaban las mejores obras, por los principales artistas; en sus tertulias se reunían los hombres más ilustrados de la época, y nadie en Cádiz se cuidaba del bombardeo, burlándose las gaditanas, con su notoria gracia, de los tiros de los imperiales con cantos y versos como éstos:

Con las balas que tira— el mariscal Soult,  
hacen las gaditanas— mantillas de tul.

En la noche del 24 al 25 de Agosto de 1812, los invasores levantaron el sitio, retirándose de las cercanías de Cádiz, humillados y escarnecidos.

Su Ayuntamiento, presidido por el ilustre marino don Cayetano Valdés, fué recibido en la tribuna de las Cortes; altísimo honor, sólo concedido á una ciudad tan heroica y sufrida.

Al recibir las cruces instituidas para premiar á los marinos que rindieron la escuadra del almirante Rosilly, á los defensores de sus castillos y baterías, á los valientes que asistieron á la gloriosa batalla de Chiclana, á la Junta de Señoras, que tanto hizo en favor de los paisanos, soldados y guerrilleros, el general Valdés pudo exclamar con orgullo:—Cádiz ha sido y es el baluarte de la Nación, en donde nunca dominarán otras armas que las españolas, cuya seguridad ofrece el Ayuntamiento á nombre del pueblo.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS